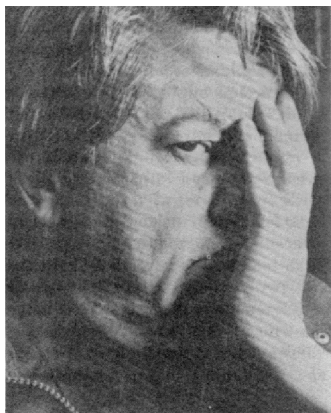




El Hamlet de Juan José Gurrola

Hugo Hiriart

Sabido es que Juan José Gurrola más que talento para el teatro, tiene una peculiar, curiosa, genialidad. Sus caminos han sido inesperados. Desde sus legendarios montajes de juventud, *Bajo el bosque de leche*, por ejemplo, o la delirante *Cantante calva*, pasando por los de su madurez como *Lástima que sea puta* o *La prueba de las promesas*, entre otras muchas y variadas muestras de su poder creador, hasta los trabajos más recientes, como su memorable recreación de la pieza de Bernhard. Y aquí quiero detenerme para recordar que Gurrola, siempre ansioso de modernidad y vanguardia, ha introducido entre nosotros un número considerable de autores nuevos, antes desconocidos por el gran público. Entre ellos nuestro Alfonso Reyes en aquel prodigioso *Landrú*, con música de Elizondo, que hizo época en la Casa del Lago.

Actor parco y eficaz, fue Morelos y Diego Rivera, y escenógrafo, estudió Arquitectura de muy joven, y es uno de nuestros animales teatrales más completos. Añadamos, además, en prueba de su perpetua inquietud, que es encarnizado pintor.

Ahora traduce y monta *Hamlet*. Es la obra más celebrada que se ha escrito: el papel estelar se alza en calidad de tierra prometida de todo actor, y aun de algunas actrices. Eso no le quita que sea una obra muy extraña, por ejemplo, es casi imposible cifrar el argumento y contarla. Pero está repleta de aciertos luminosos, entre ellos el trozo más famoso de toda la historia, el monólogo que arranca con “ser o no ser” (parodiado genialmente por Hebbel en el monólogo de Holofernes: “ser y no ser, he ahí el secreto, no dejarse descifrar”).

Pero la obra es lo que es porque la altísima inspiración se cumple igual en el todo y cada uno de los pedazos, por mínimo que sea. Observen un detalle pequeñísimo cual-

quiera: Claudio pregunta que dónde está Polonio (que ha muerto), Hamlet responde en plena cena que él “no come sino es comido, cierta asamblea de gusanos políticos”. Así, siempre lo inesperado, su ingenio continuo e infatigable. Lo mismo su poesía.

Hamlet, el dulce príncipe, regresa de Wittenberg (lo que hace a Jan Kott más que especular, ensoñar, que en esa estancia habría podido conocer al doctor Fausto) al castillo familiar, el castillo de la traición y la perfidia, donde alguien está oyendo detrás de cada cortinaje en un clima insoportable de desconfianza y delación. El peligro es continuo, y ahí en la noche de la terraza aparece solemne el fantasma del padre del muchacho. Nada menos, un fantasma escapado del otro mundo. Es curioso, nadie ha reprochado a Shakespeare la presencia de un recurso tan sacado de la manga como un fantasma.

Dicen que la sola bibliografía de las interpretaciones de *Hamlet* llenaría dos directorios telefónicos, así que no vamos a intentar aquí sumarnos al enorme coro de discrepancias. La sola disyuntiva de si Hamlet es hombre de acción u hombre de reflexión es interminable y, seguramente inzanjable.

Una traducción de *Hamlet* libre de objeciones es imposible. Desde aquellas antiguas que llamaban al protagonista Hamleto o las de Astrana Marín, donde Hamleto es castizo y usa expresiones como “pardiez”. La de Gurrola también está expuesta a discrepancias. Por supuesto que yo tengo varias, pero me limitaré a formular sólo la más gruesa y general. Es ésta: si, como supongo, Gurrola buscaba hacer una versión moderna, ágil, actual, ¿por qué usa a la española y anticuadamente “vos”, “vosotros”, “os”.

“Os obedezco, señor” o “¿podríaís dejarnos a solas un momento?”, por ejemplo, son

construcciones absurdas en este momento del teatro. “¿Te obedezco, señor?” O “¿nos puedes dejar a solas un momento?”, qué diferencia.

Me contaron que a principios del siglo pasado en México los actores de teatro tenían que hablar a la española, incluidas la z y c. Tal era la sumisión a los dictados de Europa. La Revolución Mexicana, con su renovación cultural, puso fin a todo eso. **U**



Hamlet, 1899